

LA SEMANA SIN LUNES

“Las maniobras del Pisuerga”

(Pequeña radiografía de una crisis grande)

Por Lucio DEL ALAMO

Lo confieso: he claudicado. Llevaba cerca de dos años dimitido como telespectador cuando en la noche del 29 de octubre—hasta hace poco fiesta política por la conmemoración del discurso fundacional de la Comedia—una voz familiar atravesó el parapeto de mantas y aspirina que me protegía y me convocó con nerviosa urgencia: —Levántate. Anuncian que van a dar el nuevo Gobierno...

Allí estaba la lista. Era la misma que circulaba desde dos días antes por Madrid, y se recibía con gestos de incrédulo asombro. Catorce ministros nuevos. La más amplia crisis desde los tiempos primeros, los de la Junta Técnica que, en Burgos, junto al Arlanzón, hacía ejercicios de heroísmo y de humildad. Estaban ya en la lectura de las minuciosas biografías de los señores ministros. Dos locutores se

alternaban en la tarea. Sonaban expresiones entrañables anteriores al Plan de Desarrollo: “Luchó en el tercio de Requêtes...” “Se alistó en la quinta columna...” “Ingresó en el Frente de Juventudes...” “Es camisa vieja...” Alguien me preguntó casi en tono polémico: —¿Pero es verdad todo eso?

—Por lo que yo conozco—respondí—, las biografías son de una irreprochable exactitud. Lo que sucede es que subrayan legítimamente aspectos coyunturales. Terminó la lectura. Empezaron los anuncios: unos bonos muy rentables del Banco Popular; el eco de una voz acuciante: “¡Despierte; despierte! Lea Nuevo Diario.” Ya no se oía nada. Había estallado frente a la pantalla el contraste familiar de pareceres. Me interrogaban:

—¿Qué te parece ese Gobierno? Me concentré; tosí despaciosamente; arranqué, por fin:

—Me viene a la memoria un recuerdo de 1932. Por entonces, don José María Pemán, que era un joven y apuesto caballero de negro bigote, casi hitleriano, afilaba como una espada los versos de “El divino impaciente” y escribía en “El Debate” unas crónicas deliciosas. Hubo una especialmente que me la aprendí de memoria. Tenía un extraño acento de profecía, de anticipación. Se titulaba “Las maniobras del Pisuerga”.

Mi hijo el pequeño, al ver que yo había callado, me apremió:

—¿Y que más?

—Nada más, hijo; nada más. Eso: “Las maniobras del Pisuerga...”

Me llevaron rápidamente otra vez a la cama y me pusieron el termómetro. Había subido la fiebre.

“¿UN GOBIERNO OPUS?”

Al día siguiente, los periódicos empezaron a esbozar el tema de “la concentración” o de “la homogeneidad” del nuevo Gobierno. No sé qué periódico inglés, después de expresar su júbilo por la caída de Castilla, “el hombre de Gibraltar”, designó al nuevo Gabinete como “un equipo homogéneo de tecnócratas europeístas”. Y en la calle se dijo—ya se sabe que la calle es generalizadora y elemental—que había sido encargado del Poder el Opus Dei.

No será ocioso recordar como primera parte de una doble precisión que, según la ley Orgánica, el Jefe del Estado “personifica la soberanía nacional y ejerce el poder supremo político y administrativo”. Y que una cosa es el Opus Dei como instituto religiosa; otra, la conducta religiosa individual de sus miembros, y otra tercera, la conducta civil de un numerario de “la obra”. Precisamente en su suplemento dominical de esta mañana, “A B C” publica, con especial oportunidad, un artículo de monseñor Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei, en el que repite:

“El Opus Dei no ha entrado ni entrará nunca en la política de grupos y partidos; ni está vinculado a ninguna persona ni ideología.” Mal podría, pues, el Opus Dei como tal, institución espiritual y religiosa, gobernar en nombre de Franco y del 18 de julio, puesto que, según la declaración solemne de su fundador, no está vinculado a esa persona ni a esa ideología, ni a ninguna otra. La precisión tiene gran importancia en cuanto a la esencia del Opus Dei como institución, y por eso, por obligada objetividad, la subrayo aquí.

Está, pues, dicho autorizadamente que el Opus Dei no gobierna ni se mete en partidos, empresas, ni grupos. Sus miembros, como ciudadanos libres que son, sí pueden hacerlo. Y lo hacen. Lo cual, ya en el plano humano y de la política terrenal, plantea interrogantes demasiado complicados para las gentes de la calle. Porque si toma los nombres de diez o doce de los actuales ministros y se entera de que, al parecer, coinciden en una entrega religiosa de apostotado y de servicio a las virtudes de perfección del Opus Dei, deduce alegremente que es un Gobierno del Opus. Y—lo repite su fundador—yerra totalmente. Entonces el hombre de la calle se desconcierta. Si el nexo del Opus no vale para tareas temporales—y ya está dicho que no—, ¿qué nexo une a unos cuantos de españoles diversos—en profesión, en extracción social, hasta en antecedentes políticos—para llegar al Poder al mismo tiempo y formar, según se dice al parecer con su

aquiescencia, un “equipo homogéneo”?

LA COMISARIA, EN DESARROLLO

Acaso las cosas sean más sencillas y a ras de tierra. He leído en “Nuevo Diario”, sobre la firma de Jorge Collar y de J. V. Colchero, opiniones de observadores extranjeros evidentemente esclarecedoras. Estas, por ejemplo:

“Laureano López Rodó es considerado como uno de los artífices del cambio.” “Le Monde” se extraña de encontrarle en un puesto relativamente modesto: “López Rodó es considerado la eminencia gris del nuevo Gabinete. La mayoría de los ministros económicos son hombres de su confianza o, al menos, de su nueva tendencia.” ¿Será aventurado deducir de estas citas de “Nuevo Diario” que la homogeneidad del nuevo Gobierno se logra a través de la autoridad de López Rodó, el “hombre fuerte” del nuevo Gobierno? Los hechos sin adornos son, en cualquier caso, elocuentes. No recuerdo ningún antecedente de que todos los colaboradores, menos uno, de un ministro saltén a poltronas ministeriales. Los brazos suasorios de la Comisaría del Plan de Desarrollo han alcanzado a Vivienda, Industria y Agricultura; han llegado por recordos barceloneses o de personal y viejo afecto a Comercio y Hacienda; incluso han coincidido en Trabajo y en Sindicatos con un viejo falangista y un empresario ejemplar que tuvieron ocasión, como miembros de la ponencia del II Plan de Desarrollo—lo subrayaba el diario “Madrid”—, de defender, con la eficacia de su talento y de su patriotismo, la feliz navegación parlamentaria de los proyectos socioeconómicos de la Comisaría.

Si fuese cierto que había en el seno del Gobierno anterior una tensión creciente, habría que deducir que el gran triunfador de la pugna por el desenlace de la crisis es don Laureano López Rodó. Del mismo modo que pocas horas después—en política como en el arte de torear, el favor del público cambia de un tercio a otro—el gran triunfador para el futuro, por la obra bien hecha y por la entera dignidad de la salida, ha sido don Manuel Fraga Iribarne.

Desde mi alejado rincón de observador de la política, encuentro, sin embargo, al triunfo político del señor López Rodó demasiado redondo. El impetu adquirido acaso haya restado moderación. Hay—se quiera o no—fuerzas en el país con hondo arraigo popular, cuya presencia en el Gobierno es—a lo más—indirecta o por reflejo. Ayudo a las fuerzas gloriosas de la tradición, a los leales a la memoria de Alfonso XIII, a los hijos y a los nietos de los que se enfrentaron al sectarismo de la II República, a las masas de la Falange. Porque es muy posible que legítimamente Falange Española haya sido enterrada sin tiempo para un funeral laudatorio. Pero los que no están muertos ni enterrados son los falangistas.

En el comentario político de “Nuevo Diario” dominical acabo de leer: “Se aprecia un hecho evidente: Falange, tradicionalistas y socialcristianos ostentan una representación bastante minoritaria, en contraste con los numerosos “técnicos”...”

Y esto es lo que me duele en el alma. No que sea ministro López o González, o que Juan o Pedro alcance mañana premio en la carrera de las direcciones generales vacantes. Estoy seguro de que todos los nuevos ministros son enormemente capaces; sé que tienen la expectante confianza del Jefe del Estado. Pero sé también que les esperan problemas difíciles, para los que el talento y la buena voluntad no bastan. Eso que Emilio Romero ha llamado “la magia del poder” yo la veo en la corriente vital, fecundadora y maravillosa que sube de los gobernados a los gobernantes. La política, además de cifras y decretos, es verso y corazón.

Los que hicieron el régimen no pueden quedar al margen ni por hostilidad ajena ni por cansancio propio. Un Gobierno suspendido en lo alto, cerca del cielo, no ganará el futuro. Ha de estar sobre la tierra y el polvo, codo a codo con los que sufren, trabajan y esperan. Aún quedan—gracias a Dios—en España brazos para el abrazo y voces para la llamada.